

POETAS SANTAFESINOS DE LA COLONIA Y LA MONTONERA

Aquel amanecer de noviembre de 1573, con visible temor embanderaba de domingo el paisaje de aquel Cayastá de los Quiloazas. Como dudando, ponía color en sus flores, silbos en sus pájaros, espejillos en sus aguas y rumorear de duendes en sus barrancas. Temía que el milagro de ese domingo, día de la fundación, trajese a sus espaldas la honda tragedia de muchos lunes, agazapados, ahora mismo, sobre el horizonte de aquella pampa hirsuta. Aquel amanecer temía que esos mancebos nacidos aguas arriba, que ahora asomaban sus testas alucinadas sobre los batallares de proa de los navíos, odieran un día las inéditas barrancas que hoy miraban con extraño deslumbramiento.

El alma de estas tierras recelaba que la aridez de sus entrañas no atrajera a los bravos soldados, que, con atenuado palaciego, entre banderas y estandartes, descendían, mas pareciera, a conquistar un imperio de fabulosos tesoros, que a aquella pobre Santa Fe, recién bautizada con el agua costera, olorosa aún de algún sábalo muerto. Y es dable imaginar, que entre el camalotal islero, alguna sirena de esos riachos, junto al ancla de esos bergantines, temiera que su canto no tuviese la atracción de otros tiempos; y aquellos muchachos de tez bronceada y de mirar oscuro languidecieran junto a la empalizada del Fuerte, sin encontrar en la integridad del paisaje el encanto poético de otros mundos desconocidos. Aquella tierra arisca temía que esos regios señores de chupa recamada, finas calzas, peto reluciente y almidonada

gorguera, abandonar un día la ciudad, mordiendo raíces o masticando cueros, como aquellos del Buenos Aires; o dejaran tumbadas, después de un entrevero, sus bellacas osamentas para festín de los caranchos.

Pero nada detuvo la empresa. Y así fué fundada nuestra ciudad. En un guerrear contra el indio y un padecer de hambre. En un zumbiar de mosquitos y un llegar de langostas. En un venir la seca y un empezar la peste. Y está de Dios! que vate alguno, en semejante ajetreo, hubiera podido componer tan sólo una cuarteta!

En los primeros años, cuando todavía Santa Fe era una núbil muchacha dormida sobre el río, llegaron hasta ella, frailes y soldados, gañanes y nobles, escribanos y pícaros, licenciados y covachuelistas, mozas de su casa y mujeres de romería, jóvenes de garrote y crepusculares hidalgos, pero, no llegó entre ellos, en toda esa turbamulta, ni en todo ese señorío, un sólo poeta. Y hablando de ellos, podemos decir que nuestro pueblo no tuvo la suerte que entre los hombres de Garay, viniera algún Luis de Miranda, como aquel de la expedición de Mendoza, que nos cantara algún otro "Romance elegíaco", a la manera de aquel pobre y desastrado fraile. Ni el destino quiso que entre los arcones del Fundador, entre sus espadas y sus trajes, sus pergaminos y sus joyas, viniera algún "Erasmus" o algún "Virgilio", como aquellos que integraban la privilegiada biblioteca del aristocrático Adelantado.

Mas, poco a poco, el milagro de la Conquista se iría realizando, y aquel paisaje, aquellos pájaros, aquellos ríos, aquel cielo y aquellas mujeres, se irían adentrando, sin sospecharlo nadie, en esas almas, indomeñables como la tierra misma que conquistaban. Poco a poco, el milagro de América iría atrapando a aquellos hombres que, dejados del mito y la leyenda, comenzarían a roturar la tierra, colgando en la manquera de los arados sus bordadas blusas y robando para sus baldías faltriqueras el oro de los aromitos o la plata del argentado Cayastá, pentagramando de espineles.

Espíritu humano y naturaleza se confundirían en un mis-

mo paso de pavana al entrar a la Colonia; y un mundo poético sentaría sus reales sobre el inhóspito villorrio de Garay. Y desde entonces, las cinco rosas que adornaban el escudo del heroico vasco comenzarían a abrirse junto a ceibales en flor, calandrias, sauces y siriríes de esta patria litoral.

Hombre y paisaje tuvieron el raro privilegio del signo poético. Y así, Pero Lopes de Souza, que visitara estas tierras expresa en su "Diario de navegação": "Todos eram espantados da fermosura desta terra. A mais fermosa que os homes viram". Y refiriéndose a la belleza de sus mujeres describe a una india que asoma entre los ceibos del Paraná. Enrique Larreta, inspirado en la maravillosa alucinación del navegante portugués, expresa en magníficos versos:

"En rúas de Lisboa, como al pavón, la gente
de ojos le cubre entero. Todo, en cambio, lo diera
Pero Lopes de Sousa, por algo que exaspera
su orgullo y le apeñusca soñadora la frente.

"Islas del Paraná! Pasa, brilla, se aleja,
desnuda entre los árboles, la indígena pintada.
Pechos para el amor; gorda boca bermeja.
Ah! si no tuvo aquello, qué importa la admirada
conquista de unos ríos? Lleva siempre en la oreja
el adiós misterioso de la mujer dorada."

Ulrico Schmidl, el maravilloso cronista del Adelantado, al referirse, igualmente, a los indios de estas regiones (habla de los Quiloazas) expresa que tenían como emblema característico dos pequeñas estrellas en la nariz; otros viajeros, hablan de la hermosura de nuestras pampas, del espectáculo de nuestras selvas sobre el río, de nuestros pájaros, de nuestro límpido cielo; en una palabra: del sugestionador encanto del paisaje litoral. Y sería éste, confundido con el soplo creador, el que conformaría el enjundioso epicentro tonal de la poesía santafesina.

Martín del Barco Centenera, el aventurero Arcediano, habría de ser el primero que en forma verseada cantara a nuestra ciudad, apenas fundada.

“Garay el río arriba se ha tornado
y puebla Santa Fe, ciudad famosa.
La gente que está en torno ha conquistado,
ques de ánimo constante y belicosa.
Los argentinos mozos han probado
allí su fuerza brava y rigurosa,
poblando con soberbia y fuerte mano
la propia tierra y sitio del pagano”.

Desde su fundación en 1573, pasando por los desaguisados de Diego Ortiz de Zárate y Mendieta, en 1577, la revolución de los Siete Jefes en 1580, y otros hechos importantes, Centenera, en desmañados versos canta a la gestación homérica de aquel puñado de asunceños, sedientos de conquista. Al hablar del emplazamiento de la joven ciudad, dice:

“Estaba la ciudad edificada,
encima la barranca, sobre el río,
de tapias no muy altas rodeada.
Segura de la fuerza del gentío
de mancebos está fortificada;
y procura de ellos el desvío,
que son diestros y bravos en la guerra
los mancebos nacidos en la tierra”.

De una u otra manera, en verso cálido o prosa desaliñada, en copla sonora o gótica octava, en castizo soneto o ríspido romance, cronistas y poetas de la Conquista nos hablan de estas regiones, de nuestro Fuerte, de nuestras costumbres, nuestras guerras y nuestros sueños. Queremos aclarar que por ser todos estos, hombres que sólo llegaron de paso por Santa Fe, sin ánimo de radicarse o establecer sus tiendas por estas latitudes, no los incluimos dentro de los que consideramos poetas santafesinos.

Y ahora, caminemos ya al encuentro de nuestros bardos.

Estamos a mediados del siglo XVI. Los santafesinos en extraña caravana van cruzando el rumoroso río hacia nuevas tierras. Han dejado la vieja ciudad, y como el pueblo elegido tras de Moisés, llegan a esta encrucijada de aguas a levantar adobes, a enterrar fracasos y a tirar a los vientos con la nueva semilla un poco de esperanza sobre la tierra prometida.

En el nuevo solar es donde nace un día Antonio Fuentes del Arco y Godoy. Hijo de Agustín Fuentes del Arco y de doña Elvira de Godoy, lleva en sus venas sangre de conquistadores. Los Ponce de León, los Denis, los Altamirano, los Iris y los Arce figuran en sus ramas ascendentes. Sus familiares actúan en los puestos más encumbrados del Cabildo durante casi dos siglos. Entre su numerosa parentela se destacan doña Blanca de Godoy y doña Gregoria Pérez de Denis. La primera, distinguida mujer de su época, fundadora de la Congregación de la Virgen, de alto renombre por su desinteresada obra en favor de los desamparados; la segunda, de patriótica actuación en los años de nuestra independencia.

Antonio Fuentes del Arco, aprende las primeras letras en su ciudad natal, pero, llegados que son los años de su juventud, no se encuentra forzado, como otros, a elegir entre la carrera de las armas o el claustro, sino que, por el contrario, emprende un día, llamado por su auténtica vocación, camino a la monacal Córdoba para seguir en su Universidad los cursos de Maestro en Arte. No en vano sus ojos se han detenido, cuantas veces, en los atardeceres de su pueblo, y han visto morir la última estrella sobre la cresta del gallo que canturrea sus maitines en la veleta de los franciscanos.

De aquella Córdoba vuelve un día con el flamante título. En 1686 le vemos figurar como Maestre de Campo del Cabildo; y en 1687, recibe el honroso título de Prefecto de la Congregación de la Virgen. En 1717, registra como Defensor de Viudas y Menores. Y en el mismo año es elegido Regidor Propietario, cargo que abandona en 1719, nombrándose en su lu-

gar a don Antonio Mansilla. En 1724, ocupa nuevamente sus funciones de Defensor de Viudas, y es nombrado Sargento Mayor; año este, en el que se apresta a marchar a España con el fin de recibir los beneficios de un Mayorazgo en Córdoba de Andalucía. Sabedores de esto, los vecinos, le otorgan la representación de la ciudad ante el Rey, cometido que acepta, no sin antes expresar su honda preocupación por tener que dejar a una hermana menor en estado de demencia.

La única obra en verso que ha llegado a nuestras manos de este poeta santafesino es la que escribe con motivo de las fiestas de San Jerónimo en el año 1717. Se trata de una "Loa", en honor del Santo Patrono y en acción de gracias por la eximición del pago de un impuesto real que pesaba sobre la ciudad. "Con motivo —dice el acta— de la abolición del impuesto se acordaron misas solemnes y luminarias por la salud y buenos servicios de la Monarquía. Se acordó, siguiendo la costumbre, así para el festejo del glorioso patrón, como en asentimiento de acción de gracias por la libertad y gozo de la ciudad de las pensiones que estaba cargada, se hiciesen dos días de toro...". "Como asimesmo se represente una Comedia la noche del glorioso patrón cuya ejecución y diligencia se comete al Veintiquatro Don Antonio Fuentes del Arco, a quien se le da facultad para que lo disponga en todo, pronto, según viere lo que fuese necesario" (1). El cabildante, designado al efecto, escribe conforme al mandato conferido por el Cuerpo una loa alusiva a los festejos, precediendo una comedia de Moreto titulada "No puede ser guardar una mujer". Esta pequeña obra en verso es así la primera pieza teatral argentina, escrita por un argentino e inspirada y compuesta con elementos vernáculos. Hasta entonces: obras y autores habían sido españoles, llevándose a escena, casi exclusivamente a los clásicos del Siglo de Oro, en boga por los siglos XVII y XVIII.

(1) Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe, Actas Capitulares, Tomo XII, Año 1717.

En esta loa intervienen tres personajes llamados Caballeros y un cuarto que simboliza la Música. Lo interesante de esta obrita son los elementos que la componen: y ahí están nuestros árboles, nuestros pájaros, nuestros ríos, nuestras costumbres, etc., surgiendo en sus alambicados versos. Así, al hablar de nuestra ciudad, y la presencia del Paraná cercano, le dice a Santa Fe:

“Castillo de esmeralda
opuesto a los asaltos de un gran río
que cercándolo está con cristal frío;
siendo al batirlos con violencia suma:
galas sus perlas, pólvora su espuma.

Y describe el paisaje dentro del eglógico tono de entonces:

“Aquí, donde las aves
rabeles son de plumas que suaves
en su sonoro acento
pueblan con melodía el blando viento. . .
Donde pomas de olores
con el plato soñado de las flores
trémola halaga. Y al final conmueve
el aura grata con impulso leve.”

El verdadero mérito de este poema reside en que canta a nuestro paisaje y nuestras cosas en un tono realmente patético. La representación de la obra que tenía que realizarse el 30 de setiembre de ese año (1717) no pudo llevarse a cabo. “Un malón inesperado —dice un Acta Capitular— amenazando las puertas de la ciudad, hizo que los festejos se postergaran”. Y así, Música, Caballeros, Cabildantes y Fuentes del Arco tuvieron que abandonar sus histriónicas vestimentas, sus protocolares pelucas, y el poeta, sus garabateadas cuartillas, para dar, montados en sus potros, alcance al salvaje. Tanto la comedia de Moreto como la Loa alusiva fueron representadas recién en la primera semana de octubre de ese año, con gran éxito.

Después de esto, quizás nuestro bardo, fué la péndola ele-

gida para cuanto epitafio, acróstico, redondilla o tierno madrigal hubiera que escribirse en la ciudad. Entre sus reuniones de Cabildo, alternó con las Musas, que yo imagino, se habrán quedado tristes, como tantas muchachas, cuando, caballero en su mula, marchóse un día del Fuerte, rumbo al Viejo Mundo, tras los beneficios de un Mayorazgo. Y qué gozoso habrá sido para el poeta aquel perderse sobre el horizonte, entre pampa y cielo, en maravilloso contrapunto con los pájaros del camino que, vigüelando desde la rama en flor, le despedirían con sus flautas. Quizás, algún suspirosuyo regresara una tarde con el viento del sur.

JUAN BALTAZAR MACIEL

En uno de los libros bautismales de Santa Fe se lee la siguiente acta: "El 16 de setiembre de 1727, el doctor Juan Martínez del Monje, con mi licencia bautizó y puso óleo y crisma a Juan Baltazar, de edad nueve días. Es hijo legítimo del maestro de Campo don Manuel Maziel y de su esposa doña Rosa de la Coizqueta. Padrinos: don Juan de Coizqueta y su mujer doña María Martínez Monje. Firmado: Maestro Pedro González Bautista". He aquí el acta bautismal de uno de los más grandes hombres del Santa Fe colonial: don Juan Baltazar Maziel de la Coizqueta.

Nació en nuestra ciudad cuando acababa de marcharse Fuentes del Arco; como si el destino hubiera querido que el canto de aquel, prendidos en las barrancas de nuestro río, no se perdiera a los vientos. Estudiante en Córdoba, graduáse allí de Maestro en Artes y doctor en Teología. Ocupa cátedras en Charcas y en Chile; matricúlase en el Pretorio de aquella Audiencia, y da cursos en la Universidad de San Felipe. Llega a Buenos Aires a mediados del siglo XVIII, siendo nombrado Consejero, Provisor y Gobernador del Obispado, y Magistral del Cabildo Eclesiástico. El Virrey Vértiz le nombra Canciller del Convictorio Carolino, y es en este Instituto donde ejerce sus famosas cátedras de Latinidad y Filosofía. Y nadie de aquel Buenos Aires que empezaba a empinarsse sobre sus al-

tos coturnos pudo olvidar con el correr de los años sus magníficos sermones en San Ignacio.

No voy a entrar en mayores detalles de su vida, pues, su figura ha sido ya tratada en forma exhaustiva por numerosos historiadores. Me voy a limitar a expresar que Maziel ocupa dentro de la lírica argentina un lugar de privilegio. Contrariamente a lo que opinan algunos autores sostenemos que el destacado poeta santafesino es el verdadero precursor de la poesía gauchesca. Formado en un ambiente clásico, universitario, olvídase, sin embargo, de las Musas, del Olimpo y de los dioses que lo habitan; de Júpiter y de Venus, de Apolo y de Orfeo, y entra decididamente a hablar de lo nuestro, con estilo nuestro y verdadero espíritu nacional. Olvida, momentáneamente la fabla palaciega, el rococó cortesano, la cita griega y los latines artificiosos, y lanza al estuario sus inolvidables versos pampeanos:

“Aquí me pongo a cantar
debajo de aquestas talas,”
.....

Así dirá nuestro cantor, como preludiando al inmortal poema que un siglo más tarde escribiera Hernández, y que en el correr de los años tomarían Ascasubi, Hidalgo, del Campo y tantos otros poetas que le sucedieron. Su romance “Canta un guaso en estilo campestre los triunfos del Excmo, Señor don Pedro de Cevallo”, nos da la pauta que nuestro biografiado, sin estar plenamente en la corriente gauchesca, se ubica con todo desenfado a la cabeza de los que ya empezaban a encontrar en la vena popular el cauce de un nuevo sentimiento estético.

Sus sonetos clásicos, sus octavas reales, sus romances históricos, en fin, toda la gama poética que manejó, dice de su abolengo intelectual. A pesar de sus sotanas y de la gravedad de sus cargos y títulos, su envidia jocosa fué de alto vuelo. Así nos lo muestra en esta glosa en décima:

“A mujer no he de querer
Todas me causan enfado.
Nunca me he de ver casado,
siempre soltero he de ser.”

“Las Anas son melindrosas,
Las Micaelas feas y vanas.
Introducidas las Juanas
y presumidas las Rosas.
Las Marías son chismosas,
las Manuelas dan que hacer.
Las Panchas quieren tener.
Las Josefás son molestas,
y siendo así todas estas
a mujer no he de querer.”

.....

Juan Baltazar Maciel, es indudablemente la personalidad más fecunda y prestigiosa de la Colonia. Pero, intrigas de co-reveidiles, a causa de unos versos y ciertas publicaciones, le pusieron frente a frente con el muy señor Marqués de Loreto, quien, con inicua maldad, desterróle de Buenos Aires, cual se expulsa a un fascinoso. Y así, una tarde de enero de 1787, rodeado de un piquete de soldados fué paseado por las calles de Buenos Aires el venerable anciano y embarcado en una goleta rumbo a Montevideo. En su nuevo destierro, los achaques de su edad, y la honda pena de su extrañamiento le hicieron vivir muy poco tiempo. Y nosotros pensamos que quizás en alguna de esas horas bochornosas en que el Atlántico verdea sus espumas sobre un horizonte de crepúsculos, el viejo poeta con los ojos llenos de lágrimas, habrá soñado con aquella Santa Fe de sus mayores, cuando sobre la barranca de los frailes franciscanos, con los pies en el río y un silbo en las ramas, hilvanaba aquellos primeros versos de muchacho, que, sin saberlo, se iban enredando para siempre entre los floridos garabatales del camino.

FRANCISCO JAVIER DE LA ROSA

La vida de nuestros poetas tuvo por escenario ciudades

y pueblos del Plata; algunas veces lejos del terruño natal; las más de ellas, en el perímetro de esta pequeña Santa Fe; desde el barrio de San Antonio hasta la Plaza de las Carretas; desde el Puerto hasta el camino del Paso. Pero, más allá, donde sólo ladran los perros y campea la soledad entre los espinillos, vivía, ermitaño en su cueva, uno de nuestros poetas, con un pie en la Colonia y otro en la Montonera. Se llamaba Francisco Javier de la Rosa. Hijo de Carlos de la Rosa y de Rosa Setúbal (de ahí el nombre de nuestra laguna), había nacido en Santa Fe, muy cerca del Cabildo, mas, desde joven marchóse a vivir solitario, sin más compañía que sus oraciones y el tosco hábito franciscano que por íntimo deseo vestía. A la muerte de don Juan González de Setúbal, pariente por parte de madre, se hace cargo de un Oratorio sito más o menos a una legua de la ciudad. Una vez instalado, su más ferviente anhelo es, por sobre todas las cosas, construir en reemplazo del viejo oratorio, un santuario a la Virgen de Guadalupe. En 1799 comienza su obra con la limosna de uno y la ayuda de otro. Levanta poco a poco los muros de su soñada iglesia. Alrededor del altar construye con sus manos un retablo tallado y pinta en sencillos óleos la historia de la aparición de la Virgen al indio Diego, en Méjico. Fabrica las baldosas del templo, y a las correspondientes al Prebisterio las exorna con alegóricas figuras, sentenciosos latines y exquisitos versos.

Durante años, perdido allá, donde los indios incursionaban a cada instante, prosigue su obra. Levanta las paredes de la nave, y cuando todo está casi terminado funde él mismo la campana que, desde entoces, cotidianamente, dejaría en los vientos "las voces de los ángeles", como llamando hacia aquella tierra prometida. En plena labor, le sorprende la muerte. En nuestra villa residencial de Guadalupe, podemos ver hoy lo que puede una firme voluntad puesta al servicio de un puro ideal. Su tierra doblegóse a la tierra, pero allí entre sus papeles y sus baldosas, quedaron sus versos grabados para siempre:

“ya la viste rematada
la Capilla destinada
a rendir nuestras creencias.
Y así veremos lograda
las eternas indulgencias
que nos otorga la Virgen,
en el campo retirada.”

Sus versos, faltos de técnica y de erudicción, quedaron, sin embargo, grabados en cientos de baldosas, como ejemplo de un espíritu manso que, retirado del “mundanal ruido”, supo construir su propio universo, al margen de liturgias y doctrinas. Y así, cuando marchóse para siempre, esas pobres tejas que una vez fabricara y animara con sus poesías, se fueron apilando y apilando, como movidas por un extraño milagro. Y fué por ellas, entre las líneas de sus versos, que el ermitaño poeta subió una tarde hacia la eternidad.

El Angel de la Oración ocupaba, entretanto, su cotidiano puesto de campanero.

LOS POETAS ANONIMOS

Santa Fe, por la voz de su tradición y por la elocuencia de sus viejos manuscritos, nos habla, también, juntamente con los hombres que tratamos en este ensayo, de la existencia de una pléyade de poetas anónimos. Clérigos, escribanos, trotamundos y cortesanos, hombres de pro y gente de la plebe, dejaron en determinados momentos de sus vidas una clara muestra de sus ingenios. Numerosos autores han recogido ese vasto cancionero popular de los siglos XVI, XVII y XVIII. Solamente hemos de referirnos a vuelo de pluma a aquellos que tuvieron por escenario nuestra ciudad, o al menos, esta región litoral.

Todos los géneros en boga, todas las formas de encarar la prosa o el verso, tuvieron cabida en nuestra vida literaria. No hubo amaneramiento, por sobre todo, que no recibiera en forma exagerada nuestra América. En funerales y en juegos

públicos, en bodas y en festejos reales, la chispa española dió pauta de su hondura y sutileza. Sonetos triples, octavas acrósticas, madrigales para leer de atrás para adelante, endecasílabos en forma de cruz, de estrella, etc. Todo un desusado casticismo, un acendrado culteranismo, “monstruosidades poéticas”, como les llama Ricardo Rojas, tuvieron asiento en nuestras regiones. Leamos sinó este soneto que puede leerse palabra por palabra al revés, desde la rima a la inicial del verso, y queda siempre en la forma de un soneto debidamente compuesto. Con este ejemplo no queremos demostrar ninguna “monstruosidad”, sino el artificioso virtuosismo de Corte que imperaba en nuestra Colonia. Daremos solamente la primera cuarteta:

Traidora, infiel, tirana, venenosa,
ardiente Parca, vengativa, insana,
detente, atroz, altiva, cruel, ufana,
Deudora audaz, flechera vigorosa”.

Cuarteta que leída al revés dice:

Venenosa, tirana, infiel, traidora,
insana, vengativa, Parca, ardiente,
ufana, cruel, altiva, atroz, detente,
vigorosa flechera, audaz deudora”.

La imprenta de los Niños Expósitos, da en sus primeras publicaciones una “Octava” en honor del virrey don Pedro Melo de Portugal y Villena, de pésimo mal gusto. Igualmente, el “Laberinto indecasílabo en que se intenta el aplauso de las glorias del Excmo. señor don Pedro Ceballos”; como así también, una ofrenda en cruz, para leerse de múltiples maneras; o varias letrillas palaciegas en honor de Carlos III. No faltó el verso en latín:

“Colla-achrimor Carolum in tristitia cultum
Prius Diadema fulgens, mene in umbris mir is”...

En la Biblioteca Nacional, Biblioteca del Congreso, en las antologías de Puig, Gutierrez y Seguro, podemos obser-

var toda la gama poética de aquellos siglos coloniales. Al par de toda esta producción, surge también, pero, rara vez, el poeta anónimo que cante un fresco romance popular, como los que inmortalizaron a la España de entonces. En oportunidad de los festejos reales en Santa Fe, con motivo de la Coronación de Carlos III en 1760, el Maestre de Campo y Tte. Gobernador don Francisco Antonio Vera y Mujica, en nota al Gdor Ceballos, describe esta fiesta, donde bardo anónimo, pinta graciosamente los acontecimientos de toda una semana de celebraciones. Entre las corridas de toros, comedias, juegos de cañas, paseo del Real estandarte, luminarias, etc. se realizó un gran banquete en el Cabildo; ocasión ésta para el cronista que pudo insertar numerosas pullas a los convidados:

“Dizen que dió gran modorra
a un trozo de convidados
del gusto de bien cenados,
y haber comido de gorra:
Viendo lo mucho que ahorra
un gorrón en estos casos
dijo tirando los vasos:
—Dedales de mis amores,
venga en flota de licores
canoa para estos pasos!”

A todo esto, la Colonia iría perdiendo su compás de Minué, su dorada hebilla y su bordado jubón, para trasponer la línea mágica de una nueva madrugada, donde sólo se escucharían retumbar de tropeles, cantar de vidalitas y un revolear de ponchos y de lanzas sobre los senderos de la Patria. Moriría el madrigal para dejarle paso al “cielito”; se escondería entre encajes almidonados el rococó de varios siglos y un mensaje más humano y valiente se prendería en las randas de nuestras mujeres y en el desflecado chiripá de nuestros gauchos. El movimiento revolucionario, la independencia y las guerras que sobrevinieron, fueron el tema inspirador de una nueva poética, de una nueva mística que, dejada de los amaneramientos virreynales, pulsó más vividamente la realidad argen-

tina. Es interesante destacar, como algunos de los poetas que estudiaremos a continuación, de los que vivieron su niñez en la Colonia y pasaron su madurez en la Montonera, tuvieron en el segundo período una pluma más brillante y profunda que la de la primera época.

BERNARDO VERA Y PINTADO

Entre los que exaltaron la gesta emancipadora se cuenta Bernardo Vera y Pintado. Nacido en Santa Fe el año 1780, es hijo de don José Vera y Mujica y de doña María Antonia López Almonacid Pintado. Transcurrida su infancia marcha a Córdoba a proseguir sus estudios, hasta 1799 que se matricula en la Universidad de San Felipe de Santiago de Chile, por haber pasado a esa nación hermana en compañía del Presidente gobernador don Joaquín del Pino, casado con doña Rafaela Vera, santafesina, hermana de su señor padre.

Una vez en Santiago solicita someterse a las pruebas exigidas para obtener los grados mayores de Licenciado y doctor en la Facultad de Sagrada Teología. Defendió en acto público su tesis sobre "Summus Pontifex Romanus a nemine in terris judicare potest". Le replicaron los doctores rvdo. fray Francisco Cano y don Luis Bartolomé Tello. En 1807 obtiene por concurso la cátedra de "Instituta"; graduándose, igualmente, de doctor en Cánones y Leyes. En esta oportunidad defendió, también, publicamente que "Exercitus bonaerensis duces qui apud Carr Beresford in presente bello non assumpturos arma adversus Angliam jure-jurando promiseret, postquam nobilis Bonaerensis mediis militibus bellicae sedis Sancti Philippi (vulgo Montevideo) pristinam libertatem sibi comparavit juramento non tenentur" (que los generales bonaerenses que juraron a Beresford no tomar armas contra Inglaterra estaban ahora liberados del mismo, etc.).

Por aquel entonces casa con doña Mercedes de la Cuadra, enviudando a los pocos años. De este casamiento nacieron dos niñas. Una de ellas, Amada Carmen, muere muy joven; la otra,

Lucía, se casó con el estadista chileno don Ramón Luis Irrázaval.

Llegados los años de la revolución, es puesto prisionero por sus ideas liberales contra el gobierno de la Península. Es alojado en el cuartel de San Pablo, exactamente el 25 de Mayo de 1810, el mismo día de nuestro grito de libertad. “Acababa de reclinar-me —expresa Vera— en un colchón que se me prestó y arrojó sobre el suelo, cuando entra el capitán don Miguel Benavente para decirme que el señor Presidente (García Carrasco) mandaba que saliera fuera del reino en aquella misma hora, que era la de las doce”. Y continúa: “A las dos de la madrugada del 26 monté en un caballo de prorrata i avío de munición; i salí escoltado de catorce dragones, con el sargento Mayor don Juan de Dios Vial, que me condujeron hasta la bahía de Valparaíso, donde ya esperaba el bote de la barca de su majestad la Astrea, en que fui embarcado el día 29. Allí se me señaló un estrechísimo camarote en el entrepuente, inmediato a la señorita “Bárbara”, en que la falta de respiración i los insectos más inmundos hacían intolerable la habitación” (2). En consecuencia, Vera, y dos compañeros más, fueron encerrados en un castillo del Valparaíso. “En una pieza tan húmeda —expresa— que parecía brotaba el agua bajo los pies”. En 28 de junio el Oidor les permitió tuvieran por cárcel sus respectivos hogares.

Mientras tanto, había llegado a Santiago la noticia del movimiento argentino de Mayo, con la deposición de Cisneros y demás acontecimientos. El cambio de política trájole como consecuencia su libertad, la que aprovechó para darse de lleno al movimiento revolucionario chileno con todo fervor. Así llega el 18 de Setiembre de 1810 con la creación de la Junta Gubernativa Provisional. En agosto de 1811 Vera y Pintado es nombrado diputado de las Provincias de la Plata ante el gobierno de Chile. En 1812, su primo político don Bernardino

(2) AMUNÁTEGUI, Miguel Luis, *Alborada poética en Chile*, S. de Chile, 1892, Memorias de V. Vera y Pintado, ob. cit.

Rivadavia le insta a trasladarse definitivamente en Buenos Aires; invitación a la que rehusa en carta fechada el 24 de julio de ese año. Al final de esa interesante correspondencia, como añorando el terruño natal, dice nuestro poeta: "... sería imprudencia dejar el país donde soi conocido i buscado como abogado, a menos que pudiese en tal caso retirarme a Santa Fe, en donde me ha tocado un pedazo de tierra por muerte de mis padres, que hoi se hallará "pro derelicto".

Su pluma y su verba encienden el sentimiento patriótico del pueblo hermano. Después del triunfo de Belgrano en Tucumán realiza en su casa un "convite especial", al que concurren los hombres más conspicuos de la época; haciendo celebrar en la catedral un solemne tedeum que ofició su amigo el canónigo don Juan Pablo Fretes.

Con motivo del tratado de Lircai celebrado en 1814, contra el cual el pueblo se insurreccionó, es nombrado en una Junta compuesta por don José Miguel Carrera, presbítero don Julián Uribe y don Manuel Muñoz i Urzúa. Tenía esta la misión de restituir los principios de la revolución de 1810. En este cargo y otros más en los que fué nombrado, Vera demostró su claro talento y su denodado patriotismo.

A consecuencia de la batalla de Rancagua, triunfo realista de octubre de 1814, nuestro biografiado tuvo que emigrar con otros compatriotas a las provincias de Cuyo. Llega en providenciales circunstancias, es decir, cuando ya comenzaban los preparativos para el paso de los Andes. Presentado a San Martín, éste le nombra Auditor de Guerra, cargo que ocupa hasta después de la batalla de Chacabuco en 1817. Luego del triunfo argentino, don Bernardo O'Higgins le confiere el título de Auditor General del Ejército de Chile. Sin abandonar estas tareas escribe en la Gazeta hasta 1823. Al poco tiempo de su regreso a Santiago contrae segundas nupcias con doña Loreto Huidobro.

Por encargo del gobierno chileno escribe en 1819 una canción patriótica que es adoptada como Himno Nacional de aquel país. Su estribillo dice así:

“Dulce patria, recibe los votos
con que Chile en tus aras juró
que, o la tumba serás de los libres
o el asilo contra la opresión.”

Es interesante destacar que la música con que cantaron estos versos, al principio, fué la del Himno Nacional Argentino. Unos meses más tarde se adoptó la que compuso el compositor don Manuel Robles, hasta 1828 en que siguió cantándose, pero, con la música del maestro español don Ramón Carnicer, autor de varias óperas. Recién en 1847 el poeta Eusebio Lillo recibió el encargo de escribir otra “letra” de acuerdo a un espíritu más conciliador.

También en el teatro incursionó nuestro bardo. El 20 de agosto de 1819 puso en escena una pequeña pieza, como introducción a una tragedia titulada “El triunfo de la naturaleza”. El 12 de febrero de 1820, celebrando el aniversario de Chacabuco hizo representar una obra de carácter patriótico: “Introducción a la tragedia de Guillermo Tell”, de la cual damos noticias en el Apéndice.

En el aspecto político es nombrado Ministro de Guerra y Marina, cargo que no acepta. Dedicase como siempre al periodismo y los versos. Desde el “Interrogante i respondente” ataca a sus adversarios.

“Guerra declaro a todo monigote
i pués sobran justísimos pretextos
palo habrá de los piés hasta el cogote”.

En 1824, instalado el congreso chileno, es nombrado diputado por el departamento Linares; siendo elevado al cargo de vicepresidente en 1825. Todas estas actuaciones en el orden político la acarrearán no pocas dificultades; así, en febrero de este último año el Congreso se hace eco de un atentado criminal contra su persona. Se arrestan a varios diputados, se inicia un voluminoso sumario, nombrándose una comisión especial para su sustanciamiento. Después de este suceso, es elegido Presidente del Poder Legislativo.

Así transcurrió la vida de este insigne hijo de Santa Fe. En un atardecer de agosto de 1827 entregaba su alma, junto al rumorear del Pacífico que, encrespado como su verba, iría dejando en su oído los acordes de su "himno", mientras le acompañaba con esa música en el suave ascenso hacia las verdes praderas de su inmortalidad.

JOSE MANUEL DE ECHAGÜE

Casi al filo del siglo XIX, Santa Fe, arrastra todavía su ornato colonial. Un hombre, cruza los arrabales de la pequeña ciudad, adormilada con el pausado tañer del Angelus. A medida que se pierde por los bajofondos rodéale en sonante romería la chusma avisora. De sus faltriqueras surgen los doblones y los pesos fuertes, las monedas de plata y las onzas de oro; y tras de sí, como gorriones hambrientos, todo ese enjambre humano bendice su nombre.

Esta estampa, al parecer, evangélica, escapada de algún pomo renacentista, es tan sólo la de José Manuel de Echagüe, uno de los hijos más dignos de aquel Santa Fe. Acaba de renunciar al mundo y a sus pompas, y dejando a sus espaldas el "vanitas vanitates" de los mortales, reparte sus bienes entre los pobres. Abandona a los suyos y, jinete en su corcel, marcha como en las viejas leyendas medievales a buscar el ostracismo en el convento de San Carlos, en San Lorenzo.

Poseedor de una privilegiada inteligencia era en aquellos tiempos el poeta elegido en el seno de aquella sociedad cuasi virreynal. Como su muerte acaece al promediar el siglo pasado, su figura nos es totalmente conocida. Se enamora, ya hombre de 40 años de una hermosa y joven mujer. En el dilema de elegir ésta entre Echagüe y un elegante mozo en la plenitud de su vida, une su destino a este último. Nuestro personaje, ante este contraste amoroso, ve destruido ese mundo de los sueños que alguna vez fabrican los hombres que saben soñar e ingresa de franciscano.

Desciende de las más preclaras familias santafesinas. Hijo

de Javier Narciso de Echagüe y de doña María Teresa Ruiz de Arellano, es nieto por parte de padre de don Francisco Javier de Echagüe y de doña Rosa Gaete; y por parte de madre, de don Sebastián Ruiz de Arellano y de doña María Ventura de la Coizqueta.

Antes de ingresar a la Comunidad de San Carlos, es sometido a no pocas pruebas, requiriéndose testimonios y pruebas, a fin de constatar su verdadera vocación. Así, don Baltazar Crespo, vecino afincado en Santa Fe, declara en el expediente que “Echagüe es conocido por hombre de virtud y que últimamente ha repartido su caudal entre los pobres”. Don Manuel Ignacio Diez de Andino, Regidor y Defensor de Menores, expresa en su declaración: “no sólo el señor Echagüe ha dado pruebas desde su niñez de buenas costumbres, sino que ha sido hombre de reconocida y arreglada conducta, y que ha obtenido fe en oficio de República, desempeñándolo con honor y con celo”.

Después de todas estas pruebas ingresó al Convento. “Y con tal espíritu hizo su profesión —dice Fray Pedro Iturralde, en carta a un hermano de la Orden— que para atestiguar su completo desprendimiento del mundo dejó su noble e ilustre apellido y en adelante firmó siempre y en todas las ocasiones con el humilde y modesto nombre de Fray Manuel de los Dolores”.

En 1805 le vemos actuar de Portero en San Lorenzo. Oficia de Pro-sectario durante las Prefecturas de los padres Tomás de Orío y Francisco Viana; y desde 1826 hasta 1843 es Procurador y Síndico de la Comunidad. Cargando sobre su caballo sus latines y su breviario, su bolso y su machete, marcha hacia el Chaco a evangelizar y visitar las reducciones indígenas. Regresa, y enseña en su misma portería a leer y escribir a los niños de los alrededores. Escribe versos, no ya de amor, como aquellos de su juventud, mas si para ser cantados en los oficios religiosos. Y aunque portero, amanuense o Procurador, le vemos haciendo de panadero y labriego en los años de las vacas flacas.

Llegado el histórico momento del combate de San Lorenzo en 1813, asiste al mismo. Cura a los heridos, a quienes lleva sobre sus hombros; y da entierro, según su propia manifestación en viaje que hiciera a sus parientes en Santa Fe, al sargento Juan Bautista Cabral. En pleno auge de las luchas civiles ejerce con singular valentía su apostolado; y es tal su sacrificio que por esos años, con la sola ayuda de otro fraile se queda al frente del Convento.

En 1840, cuando Lavalle invade la provincia, después de haber llegado a las puertas de Buenos Aires, la soldadesca enardecida descabalgó a las puertas de la casa franciscana. Los vecinos, aterrados por los desmanes de las partidas unitarias se refugian en el Convento, depositando allí sus joyas y demás caudales. Fray Manuel de los Dolores atiende con probada sangre fría a los invasores, y los echa violentamente de la casa de Dios. A las pocas horas vuelven a insistir, mas, el bravo poeta, anciano a la sazón, se planta frente a la puerta y les increpa duramente. Uno de ellos, alcoholizado, derriba de un golpe al fraile y le arranca de sus manos las llaves de la entrada. Comienzan el saqueo, pero, las demoras y oposiciones de Echagüe, dando sus frutos, permiten que una partida al frente del comandante del Rosario llegue, felizmente, a tiempo para desbandar a los agresores. “Los vecinos —dice un documento— hicieron celebrar una misa en su honor”.

Viejo ya, muere en su celda, bajo los históricos claustros, el inolvidable fraile poeta. El canónigo don Severo Echagüe conservó hasta fines del otro siglo la mayoría de sus composiciones literarias que, desgraciadamente no han podido llegar a nuestras manos, si bien la preocupación de don Ramón Lassaga, hizo que muchas de ellas pasaran a su archivo documental, hoy, en poder de sus descendientes y del Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe.

Esta vida, que pareciera más bien arrancada de alguna romántica novela, es la que vivió entre los mortales Fray Manuel de los Dolores, aquel elegante caballero que una madrugada, dejando su último doblón en harapienta mano y un

poco de su alma prendida en alguna reja del barrio sur, emprendió por el Paso de Aguirre su voluntario éxodo, para encontrar en la parda estameña de San Francisco el sayal que cubriera sus pasiones y desdibujara para siempre los versos que un día compusiera para la bienamada.

P E D R O T U E L L A

Entre los más pintorescos vates que Santa Fe cuenta en su historia, don Pedro Tuella es, sin lugar a dudas, uno de sus más altos exponentes. Medio pulpero y medio poeta; con algo de picapleitos y un poco de pedagogo, le vemos actuar a mediados del siglo XVIII en la Capilla del Rosario. Natural de Villa Naval, provincia de Huesca, arriba al Plata por 1759, siendo nombrado maestro en la única escuela que por entonces contaba Rosario, percibiendo una asignación de cuarenta pesos anuales. El amor le envuelve en sus redes, y así vemos a don Pedro contrayendo nupcias con doña Nicolasa Costey, el 4 de julio de 1778. Actúa en compra y venta de solares, con sus correspondientes pleitos. Y ya le contemplamos como Administrador particular de Tabacos y Receptor de Alcabalas, como Cervantes, allá por 1785. Para la guerra contra Francia figura contribuyendo con veinticinco pesos anuales, mientras dure la contienda (1793) con las rentas de una herencia dejada por su hermano José, en su pueblo natal. Poco tiempo después compra a Rosa Villarroel un terreno donde instala seguidamente una casa de negocios.

Sus afanes poéticos nadie ha podido advertirlos; que sólo advierte quien a su lado pasa su "abultada barriga", de donde colgaría pesada cadena de oro. Su vida, está reflejada en esta carta que escribe a su amigo don Vicente Anastasio Echavarría. Dice así: "Hoy domingo, después de la misa, y antes de comer, mientras todas (las señoras) en la sala, con el Padre... que es ahora nuestro Cura, jugaban a la béciga, en que doña Eulalia ganó un medio y un cuarto, yo escribí esta carta; comimos, me acosté a la siesta, y al levantarme me en-

cuentro con la tuya... Ahora voy a tomar un mate, y tal vez, después, a sacar un pacú, aunque la tarde no está muy buena...". Debemos anotar que los naipes para el juego de cartas que comenta los vendía él mismo al precio de dos reales y medio el mazo, si eran "superiores de pinta", y más baratos, si eran "blancos".

De repente, la villa entera se conmueve. En "El Telégrafo Mercantil, Rural, Político e Historiográfico del Río de la Plata", periódico recién editado en Buenos Aires, donde Labardén acababa de publicar su célebre "Oda al Paraná", don Pedro Tuella inserta en sus columnas unas "décimas" por intermedio de las cuales solicita la ayuda de los vecinos para la erección de una Capilla en honor de la Virgen del Rosario. Transcribimos las mismas:

Tres siglos ha y no cabales
que el diablo con alegría
en esta tierra tenía
afligidos a los mortales.
Hoy son terribles los males
y brama con desconsuelo,
porque a la Reyna del cielo
(que al Diablo quitó el poder)
Capilla le van a hacer
en este dichoso suelo.

Con caridad ejemplar
este honrado vecindario
a la Virgen del Rosario
Casa le va a edificar.
Su Patrona es titular;
y la imagen sacrosanta
a quien da culto, es de tanta
belleza, que a toda excede,
pues nadie mirarla puede
sin una devoción santa.

Esta, pues, joya excelente,
esta hermosa maravilla
que es del Paraná en la orilla

el rosal más floreciente,
una Capilla indecente
tiene por casa. Ha dolor!
—Fieles: con todo el amor
y católica porfía
hagamos templo a María
correspondiente a su honor.

Pasajero, si caminas
en busca de tu fortuna
la hallarás sin duda alguna
si a la caridad te inclinas,
nó del Potosí; en las minas
sólo hay riquezas; pues más
seguras las hallarás
si a la Virgen del Rosario
para hacer su santuario
una limosna le das.”

Después de este éxito literario, el entonces pulpero, recaudador fiscal, acopiador de frutos y demás oficios, resolvió continuar sus escarceos, y así, publica en prosa su “Relación histórica del pueblo y jurisdicción de Rosario de los Arroyos en el gobierno de Santa Fe, provincia de Buenos Aires”, que es, sin duda, un interesante aporte para el estudio del pasado histórico de dicha ciudad. En cuanto a la poesía, nuestro hombre siguió escribiendo desde entoces, como lo demuestran los versos para su amigo el coronel don Pedro de Acevedo, declamados en el día de su cumpleaños, y los escritos con motivo de los festejos en honor de la Virgen del Rosario.

Clausurado el periódico de Cabello, nuestro poeta intenta publicar en el “Semanario de Agricultura”, de Hipólito Vieytes, un soneto contra una araña de seda que le había arruinado un naranjo:

“Pobre de mi que un naranjo hermoso
me ha perdido la Araña de la seda!
.....

El director del semanario le rechaza su inspirada poesía,

advirtiéndole que dicho periódico no acepta versos de ninguna índole. De este pequeño incidente nace una profunda enemistad entre ambos personajes. A pesar de todos estos reveses, Tuella, continúa produciendo; y así, le vemos en 1809 publicando una composición titulada "Odio a Francia". "El discípulo de la calandria del Paraná, don Pedro Tuella, al cisne de la ribera argentina, don Gervacio Algarate, ambos aragoneses". ¿Con semejante título, cómo no habría de pasar a la historia nuestro celebrado vate? En cuanto al "cisne de la ribera", como le llamaba a su colega, don Gervacio Algarate, nos cuenta Gutiérrez, que las oficiaba de alquimista, botánico y curandero, amén de hacer versos.

De esta manera pasa la vida nuestro hombre. Llega, a todo esto, la Revolución de Mayo. En marzo de 1811 la escuadrilla argentina es batida por la de Montevideo frente a San Nicolás. Dueños de la situación, los españoles mandan dos buques a Rosario, que desembarcan. Armados en guerrilla, los vecinos de la Capilla, consiguen que dichas naves se alejen de la zona, averiadas. Mas, en el interin del desembarco, don Pedro recibe la visita de uno de los tripulantes, su inolvidable colega el curandero don Gervacio Algarate. Aquella noche, es de suponer, la velada habrása prolongado hasta las del alba, en un incesante y contrapuntístico dialogar poético. La inocente visita, deja, sin embargo, seriamente comprometido a nuestro héroe, quien, al poco tiempo, por orden de Hipólito Vieytes, el mismo que le rechazara su soneto a la araña, es destituido de todos sus cargos oficiales y confiscado en sus bienes (3).

Este infausto desenlace le aplasta física y moralmente. En 12 de febrero de 1807, nos cuenta Alvarez en su "Historia del Rosario", don Pedro Tuella otorgó testamento, quizás previendo su rápido fin, ante el alcalde Hermandad del Rosario y dos testigos. En dicho documento ambos cónyuges declaran no haber aportado al matrimonio fortuna alguna, y

(3) Archivo General de la Nación. Leg. 32. Ofic. de Vieytes a la Junta, 12 marzo 1811.

que cuanto tienen procede de su trabajo, "habiéndonos coadyuvado el uno al otro con el mas exemplar amor y fidelidad". Piden que a su muerte sus funerales sean modestos, "pues estamos convencidos de que no es camino para hir al cielo todo lo que tenga visos de vanidad".

Achacoso y viejo le encuentra la muerte (28 de febrero de 1814) en una de esas tardes, en que, quizás, armando la línea para un pacú se encontraba sentado sobre la barranca de su río. Sus versos no nacidos en salas virreynales, ni en el escolástico claustro universitario, fueron escritos bajo la luz de un candil, entre un vender "bulas de vivos y difuntos", un regatear un naipe o percibir una alcabala en mora. No tuvieron la galanura de otros, ni la técnica debida, pero, fueron sus versos. Esta tierra litoral supo insuflar en su alma toda la poesía de su paisaje. Y el buen aragonés, aprendió a encontrar el iluminado camino, aquel que no todos encuentran, que, comenzando en el mostrador de su tienda, terminaba allá sobre los cielos azules, donde, caballeros en su gloria, dialogaban para siempre Virgilio y Horacio.

JUAN NEPOMUCENO CANETO

El 16 de mayo de 1773 nace en nuestra ciudad Juan Nepomuceno Caneto, hijo de D. Marcos Caneto, natural de Génova, y de doña María Josefa Larramendi, santafesina. Bautizado el 18 del mismo mes, impónenle el nombre del Santo del día de su nacimiento, San Juan Nepomuceno, actuando en esta ocasión el Pbro. Dr. Francisco Javier Troncoso y en calidad de padrinos D. Juan Francisco Larrechea y doña María Ignacia Lacoisqueta.

Joven aún, marcha a Buenos Aires a proseguir estudios en el Real Colegio de San Carlos. Inicia sus cursos de filosofía bajo la dirección del doctor Francisco Sebastiani. En 1793 defiende públicamente sus conclusiones filosóficas, oportunidad, esta, en la que demuestra su clara inteligencia. Inicia, más tarde, el estudio de la Teología, aprobando tres cursos

completos. En enero de 1797 se retira del prestigioso Colegio; recibiendo la primera Tonsura en la Capilla del Palacio Episcopal, en Buenos Aires, de manos del Obispo de Córdoba, Mons. Dr. Angel Moscoso y Pérez, el 20 de mayo de 1797, con "dimisorias" expedidas por el Dr. Tubau en esos mismos días (4). En el tema para la plática, tocóle "De Baptismi sacramento, Pars II". En ese mismo año es propuesto en tercer término para el Beneficio de Evangelio de la Matriz de Santa Fe.

De vuelta a su ciudad natal, se presenta al Cabildo, solicitando permiso para abrir una escuela. Dice así el acta del 8 de julio de 1799: "...Se leyó, igualmente, un escrito de Juan Nepomuceno Caneto, Clérigo, Presbítero, en que solicitaba permiso de este Ayuntamiento para poner Escuela de Latinidad pública, con varios alumnos que le han ofrecido algunos padres, pagándole ciertos estipendios" (5). Por 1809 sigue en Santa Fe como cura. Estallado el movimiento de Mayo, le toca elegir en el Cabildo a los hombres que habrían de representar a nuestra provincia ante la Asamblea del año 13; elección de la que salió ungido el padre Amenábar.

Años más tarde, marcha a Gualeguay, en calidad de cura de aquella parroquia. Y es por esos años, cuando aparece nuevamente en Buenos Aires como Preceptor en la cátedra de Latinidad. Ya su fama literaria ha adquirido, por entonces, renombre. Sus sermones son escuchados por los más selectos auditorios. Su célebre sermón de San Pedro, entre otros, consignado en la colección de "Nueva Epoca", es una maravillosa pieza oratoria.

Llamado por la voz del terruño regresa una vez más este infatigable Ulises, camino de su Itaca. Todo el que pasa por la Plaza de Mayo, le puede ver sentado en su silla, junto a la puerta de su casa, en lo que es actualmente, calle San

(4) FASOLINO, Mons. Dr. Nicolás, *Rev. Junta de Estudios Históricos de Santa Fe*, tomo III, pág. 27, año 1940.

(5) Archivo Histórico de la Provincia de Santa Fe. Actas capitulares, tomo XV, año 1799.

Jerónimo, entre 3 de Febrero y Amenábar, lado oeste. Víctima de una senilidad camina por las calles y riberas, divagando, repitiendo sus versos; quizás, aquel dedicado a su madre que un diario local, publicara a fines del otro siglo. Los temas dogmáticos le apasionan; y no pocos disgustos con sus superiores le traen sus raras teorías sobre la eternidad, el infierno y la salvación de las almas. Pero, su bondad se impone a cualquier liturgia o credo. Su corazón de poeta y sacerdote desborda de su raído sayal; y en su dulce locura, imagino que muchas veces, ante los negros nubarrones que el sur arremolineaba sobre el Quillá, habrá creído estar frente a una turbamulta de soldados o herejes, como el Caballero de la Triste Figura, frente al rebaño de carneros.

Juan María Gutiérrez y Zeballos han afirmado al tratar la vida de este inteligente clérigo, que la décima hasta hace poco tiempo anónima, escrita a la entrada de nuestro cementerio, le pertenecía. Ultimamente se ha creído encontrar al autor del mismo, es decir, al poeta uruguayo Acuña Figueroa, conforme a los antecedentes remitidos desde Montevideo. Una vieja tradición sostuvo que dicha décima pertenecía a la pluma de Caneto. El diario "Nueva Epoca", en un artículo publicado en 1909, sostiene lo mismo. Ahora bien, algunas antologías transcriben esta poesía y las glosas de cada verso, como entre las atribuidas a López de Vega. Siguiendo con estas corrientes atribuidoras, debemos expresar, igualmente, que, en cuanto a las glosas, se cree, con fundadas razones que fueron escritas por don Ramón Lassaga. Planteado el problema, ya podrán los investigadores documentar sus aseveraciones, a fin de dejar definitivamente establecida la paternidad de tan conocida versión poética. (ver Apéndice).

II

LA MUSA REVOLUCIONARIA

Estallado el movimiento revolucionario de 1810, la musa Patria, anda por pasos y quebradas, por ríos y pampas, por montes y valles, desatando sus nuevos cantares. La poesía ad-

quiere un nuevo brío, lejos ya de los alambicados versos de la aristocrática Colonia. Los fogones dan nacimiento a los nuevos poetas de la Revolución: los payadores. La gesta de la emancipación es cantada por los hombres del pueblo; la sutileza cortesana es reemplazada por la indomable fiera del campo. El "octosílabo" de la métrica vulgar se acomoda a los cantos con guitarras; cae la poesía litúrgica y resurge con vívidos caracteres el tema heroico. Los "Cielitos" galopan en la grupa de los soldados de la Independencia.

"Viva nuestra libertad,
y el General San Martín,
y publíquelo la fama
con su sonoro clarín". (del Cielito de Maipu).

Los cantares del norte argentino, sobre todo, en época de la guerra del Alto Perú son numerosos, habiendo recogido nuestros antologistas centenares de ellos, que escapan a nuestro tema litoral.

"La patria ha parido
una burra con leche,
aquel que le llaman
Manuel Goyeneche".

"La Patria ha parido
un niño dorado,
aquel que le llaman
Manuel de Belgrano".

Pasados los primeros años de nuestras guerras por la independencia, el país se divide, enconosamente, en dos bandos: Unitarios y Federales. Los gauchos de Lamadrid, de Lavalle, de Paz, de Berón de Astrada, engarzan sobre el celeste de sus divisas, los versos contra el Gobernador de Buenos Aires y sus secuaces.

Vivan los santafesinos
y el ejército entrerriano!
Viva Urquiza y Virasoro!
Muera Rosas el tirano!

Por otra parte, los hombres de don Juan Manuel, los montoneros de López, los soldados de Dorrego, Mansilla, Echagüe, sostienen en la punta de sus lanzas, los cuatro versos de esta cuarteta:

“Y viva don Juan Manuel,
y viva el Restaurador!
Y viva todo color
que sostenga su poder!”

Guitarra en bandolera, los bardos de las guerras civiles van dispersando a los vientos su inspiración. La montonera entroniza directamente la poesía, popular, de rasgo épico y sonante. No queremos decir que con esto murió el sentir madrigalesco, la versificación lírica; por el contrario, vivió, apareada a la otra, más, con un nuevo sentido definidor, propio de las circunstancias. La copla amorosa alternó con el cantar de gesta; y fué la picardía criolla la que, arrancando de la savia española, se vistió con el nuevo ropaje de estas tierras.

“Te quiero, y se que nunca
seré tu dueño.
Esas, si son finezas
dignas de premio!”

—
“Del infierno adelante
vive mi suegra.
Por miedo de quemarme
no voy a verla”.

—
“El consuelo que tengo
cuando estoi triste,
es mirar el camino
po ande te fuiste”.

—
Ciento cincuenta pesos
me han ofrecido
para dejar de amarte:
yo no he querido”.

Si tu madre te manda
cerrar la puerta,
hacé sonar la llave
y dejala abierta.

Toda esta suerte de composiciones poéticas irrumpe en Santa Fe, al par de las otras provincias argentinas. Su acervo anónimo es tan abundante como el del Norte; sobre todo, en estas zonas litorales cobra vida el "cielito" patriótico y el metro popular de la "payada". Hemos de referirnos, luego, a dos composiciones, especialmente, que, por no ser anónimas, serán tratadas mas adelante.

JUAN FRANCISCO SEGUÍ

Ubicados en la primera década independiente, asistamos a las luchas por la autonomía local. Los más preclaros hijos de la provincia, se enrolan en la cruzada libertadora. Los invasores porteños asolan el terruño chico, matando e incendiando. Entre los más empeñados en la resistencia contra Buenos Aires se encuentra un hombre de insuperable valor y fina inteligencia: Juan Francisco Seguí. Nacido en Santa Fe, había cursado sus estudios superiores en Charcas. Antes de recibir su título doctoral en leyes había participado en la célebre revolución de 1809. Vencida aquella, regresa a su ciudad natal, donde las puertas del hogar le son cerradas por su padre, "godo empecinado", al decir, de Lassaga. Marcha a Buenos Aires a completar sus estudios, y en esta Real Audiencia gradúase casi al filo de 1810. Participa en el movimiento de Mayo y se destaca en la tumultuosa asamblea del Cabildo Abierto del día 22 del mismo, donde su voto fundado, queda consignado en Actas.

Vuelve a su provincia, y se mezcla decididamente en la causa autonómica, luchando contra los ejércitos directoriales.

Ministro, soldado, Cabildante, revolucionario, todo es él, en aquella Santa Fe que, con el pie en el estribo, siente todas las instancias del tropel. Cuando Artigas ejerce su protectora-

do en las provincias litorales, es él, quien se apersona al caudillo oriental y conviene alianzas en nombre de nuestro gobierno. Actúa con Mariano Vera; y a su influencia es debida la Constitución de 1819. Estanislao López sube al poder por su hábil política. Y así como le apoya, no trepida, también, en fraguarle juntamente con Cosme Maciel una revolución por haber firmado el armisticio de San Lorenzo. Asiste a las convenciones interprovinciales y aconseja al heroico caudillo en sus decisiones gubernamentales. López, reconocido, al fin, de su fidelidad, le retiene a su lado como al mejor de sus consejeros.

En este breve ensayo dejaremos su brillante actuación política, para enfocar su labor literaria. A su pluma se debe una Tragedia, dividida en "Tres jornadas" o actos, sobre un tema de las luchas civiles. Su argumento se basa en la vida de Panchito Ramírez, el valiente caudillo entrerriano, y su oposición a los planes de Estanislao López en 1821. En el primer acto el Supremo habla con su secuaz Monterroso, esbozando el sueño de conquistar Corrientes y Misiones. En el acto segundo, concibe el plan de invadir Buenos Aires con la yuda de Santa Fe, para después reunir un poderoso ejército y vencer al tirano Francia en el Paraguay. Este acto es en prosa y verso. En otros cuadros surge el triunfo de López sobre las fuerzas de Ramírez, y la huida de éste hasta el momento de su muerte junto a la Delfina, en Fraile Muerto.

Dice el coro, después de estos triunfos:

“Ya terminó el orgullo
del conquistador.
Ya corrieron las huestes
del tirano opresor.

Vivan los santafesinos
y su gobernador
López, que los destinos
lo han hecho Vencedor!

En la Tercera Jornada, aparecen López, el Comandante-

Argüello y el Ministro Secretario Seguí. Llegan hasta Fraile Muerto y asisten al desbande de las tropas invasoras. A todo esto, la cabeza del Supremo Entreriano colgaría en una jaula en nuestra Plaza, como escarmiento para los levantiscos. Cerrando esta pequeña obra en prosa y verso, se encuentra un Soneto, que el tiempo y las polillas no han permitido que lo pudiéramos apreciar totalmente. Reproducimos lo legible.

EPITAFIO — SONETO

“Aqui yace el genio exe.....
“del feroz entreríos.....
“donde triunfantes se.....
“siendo aún del occidente.....
“si del santafesino fué.....
“resultado fatal fué del.....
“y pacto preparativo de su.....
“caminante si para.....
“murió Ramirez.....
.....

Esta obra, si bien, no está aclarado quien fué su autor, numerosos indicios hacen suponer que perteneció al insigne hombre santafesino. El manuscrito es de su puño y letra, conforme a la comparación con otros documentos; la versación sobre temas políticos internos que aparecen en la obra, sólo podía poserla un hombre que, como Seguí, estaba tan allegado al gobierno: Amén de otras consideraciones, como ser, que en aquella época eran contados los hombres que hacían verso en Santa Fe, en forma culta, dicho manuscrito perteneció a O. José Seguí familiar del poeta.

Juntamente con esta Tragedia se encuentra otro Cuadernillo, conteniendo más de setecientos versos, escrito en “décimas”, donde se refiere la invasión del General Viamont a Santa Fe en el año 1815, y la realizada por Díaz Vélez. Al margen de nuestras “crónicas” en prosa, debidas a la pluma de Diez de Andino, Urbano de Iriondo y Domingo Crespo, estas

décimas tienen el alto valor de ser nuestros cantares de gesta, donde se narran los momentos más epopéyicos de nuestra historia provincial. Comienzan destacando la destitución del primer gobernador independiente Francisco Antonio Candioti, la llegada de Viamont, la toma de la ciudad, y la elección de Francisco Tarragona como Tte. Gdor.

“De este modo salió electo
su corifeo Tarragona.
La ciudad, luego, se encona
porque el acto no era recto,
.....

En versos, más adelante, relata el poeta el denodado ataque de Mariano Vera y Estanislao López, al frente de dos batallones de gauchos, penetrando por el norte de la ciudad:

De esclavitud las cadenas
con inaudita energía
López y Vera en un día
las rompieron en decenas,
arrostrando grandes penas
hasta vencer al tirano
que con sacrílega mano
mantenía los eslabones.
¡Con sólo dos batallones
batieron su orgullo insano!

A través de las sesenta y nueve décimas brotan las páginas más admirables del pueblo santafesino. La derrota del general porteño, y su asilo en la Aduana como último refugio.

“Espantado huyó, Viamont
ante esta turba infernal.”
.....

Termina esta interesante obra con la descripción de un improvisado combate naval contra la escuadrilla de Irigoyen, enviada por el gobierno central contra nuestra ciudad y los pormenores que rodearon la invasión de Díaz Vélez. Debemos

destacar que el autor de estos versos no guarda rigurosamente la cronología, a pesar de haber vivido en la época, pues, la invasión de Díaz Vélez se produce en 1816, y la incursión marítima de Matías Irigoyen al mando de los bergantines "Aranzazú", "Belén" y la goleta "Invencible" se realiza a fines de 1818. Como siguiendo a la derrota de Irigoyen, se narra la invasión de Díaz Vélez. Quizás el poeta se quiso referir a la invasión de Balcarce y a la segunda de Viamont en 1819. Con esta graciosa décima termina este valioso documento:

“Aquí termina la historia
de funestas invasiones,
en que ganaron blasones
muy dignos de la memoria
los paisanos, y la gloria
de humillarnos al Porteño
que, con inaudito empeño
Santa Fe quería arrasar,
mas, sólo en el disparar
acreditó desempeño.

EL COMANDANTE YUPES

Otro cantor de nuestras montoneras fué el Comandante Yupes. El alto grado de teniente coronel lo había alcanzado por el coraje puesto de manifiesto tantas veces en los combates. Se había formado junto al Brigadier López desde muchacho. Había compartido las glorias de Añapiré en 1815; había combatido contra los porteños en 1816, al lado de Mariano Espeleta, Cosme Maciel y tantos otros fieles hijos de la provincia. No había pulpero que no le conociera, ni reunión donde no se lo invitara. Improvisaba como los mejores. Y al caer la oración, cuando se alejaba hacia su rancho, en los alrededores, lo hacía cantando coplas que se acompañaba con su guitarra. Era un verdadero payador; y como tal, su obra no quedó escrita. Durante años y años la tradición mantuvo sus mejores versos, cantados aún a fines del otro siglo por viejos santafesinos. Sus versos no quedaron en los libros, ni en los archivos; fue-

ron flor silvestre; y como flor silvestre murieron un día. Entre los octosílabos más conocidos de Yupes está aquel que cantara en rueda de oficiales unitarios después de la batalla de Puente Márquez. Dichos jefes habían improvisado unas cuartetas ponde ponían en pifia los nombres de Rosas, López y Quiroga. El Comandante santafesino, cuentan, empezó así, la famosa contestación:

“López, Rosas y Quiroga,
y el fraile San Juan Bautista
se están poniendo a la vista
porque van entrando en boga.
Y aquel “cierto olor a sogá”
causa mal a los sicarios.
—Humilde y divino Antonio
rogad por los unitarios!”

EL FRAILE CASTAÑEDA

En 1823, huyendo de la furia de don Bernardino Rivadavia llega desde la otra banda del río, el fraile más alborotador y pendenciero que guarda nuestra historia, como simpático a la vez y digno de elogio. Empuñando los remos de una canoa y unos pocos petates encima, llega a nuestra ciudad Francisco Paula de Castañeda, el bravo fraile periodista que, luego de hacerle la vida imposible al ministro porteño, y haberse mezclado en la conjuración contra Rodríguez en marzo de ese año, resuelve, después del decreto de destierro, asentar sus reales por estas tierras de Dios. Solicita permiso al gobernador López para instalarse en el Rincón de Antón Martín y una vez allí, olvidado un poco de sus rencillas porteñas, se dedica pacíficamente a evangelizar indios, enseñar las primeras letras a los niños; y, como sobra el tiempo, a enseñarles otros menesteres domésticos a los vecinos, a quienes aprovecha para construir una pequeña capilla.

Cuando Santa Fe convoca a todos los diputados argentinos para la Convención Nacional que culminó en 1828, Casta-

ñeda, siguiendo los pasos de don Atanasio Echevarría que funda "El Argentino", solicita permiso para publicar, también un periódico. Aceptada su propuesta surge a la luz el "Véte, portugués que aquí no es", referente a la guerra contra el Brasil; y posteriormente el "Ven, portugués, que aquí es". En estos pobres pero batalladores periódicos, Castañeda, vuelve a sus andanzas poéticas, las mismas que tanto dolor de cabeza le costaron en Buenos Aires cuando se enfrentaba contra Juan Cruz Varela y sus secuaces. El paisaje acogedor del Rincón de Antón Martín y la bucólica existencia que por entonces se adueñaba de su alma, hicieron florecer en el incansable fraile numerosos versos que recogen otros periódicos. Años más tarde, cuando las circunstancias se lo permiten, se aleja de Santa Fe, no sin pensar que fué en sus tierras y bajo su cielo donde su vocación poética encontró el verdadero camino.

M A R C O S A S T R E

En los primeros años del siglo XIX pasa un breve período de su infancia en Santa Fe una destacada figura de nuestra historia literaria: Marco Sastre. Corretea por las calles y huecos e impregna sus ojos en la poética visión de esta pequeña ciudad recostada sobre el río. Posteriormente, pasa a Córdoba con el fin de ingresar al Colegio de Monserrat. Siendo alumno de latinidad en tan prestigioso instituto, desarrolla sus dotes plásticas, dibujando un "Plano topográfico o croquis coloreado de la ciudad de Santa Fe", describiendo sus casas, con distinción de los techos de paja, de teja y azotea, templos y edificios públicos existentes en la ciudad en 1824. Estudia Derecho en Buenos Aires. Colabora con Lavalleja en la organización del nuevo estado Oriental. Casa en Córdoba con Genara Aramburu, y regresa nuevamente a Buenos Aires. Establece la célebre "Librería Argentina" en 1835, donde la generación romántica de entonces surge a la palestra. Echeverría, de Angelis, Alberdi, Gutiérrez, Vicente López,

Cané, etc., concurren a su trastienda. Los acontecimientos políticos ya conocidos hacen que dicho salón sea clausurado. Se instala en San Fernando, donde, amén de enseñar las primeras letras cría ovejas. Perseguido por Antonio Reyes, hombre del Restaurador, se refugia con su familia en Santa Fe, en donde el gobernador Echagüe le acoge fraternalmente. No olvida su docencia, su periodismo, ni tampoco sus versos. Para las fiestas escolares del 25 de Mayo de 1849 escribe una poesía que titula: "Himno Patriótico", cuya primera estrofa dice:

"Juventud, emprended el camino
del honor, la virtud y el saber,
que el glorioso nombre argentino
en su brillo debéis sostener."

"El Voto Santafesino" de don Severo González, inserta en sus columnas este canto que consta de 18 estrofas. El 16 de junio del mismo año el doctor Echagüe nombra a don Marcos Sastre director de la Biblioteca Pública, recién fundada, en base de los libros de los jesuitas, dejados en 1767. Al finalizar este año, Sastre dá a luz "Anagnosia", su acreditado libro de lecturas que generaciones enteras lo utilizaron. Conjuntamente con el doctor González funda el periódico "El Sudamericano", de corta vida; colaborando en el "Album Santafesino", publicado por el gobierno, juntamente con Severo González y Pedro A. Echagüe. Su acción en nuestra ciudad es fecunda y noble. Enseña, escribe y lucha en el periodismo. Sus versos patrióticos, reproducidos años más tarde, en otras publicaciones santafesinas, quedarán como la mejor muestra de su espíritu. A fines de 1849 abandona Santa Fe llamado por el general Urquiza para ocupar la Dirección General de Escuelas de la provincia hermana. Con Juan Francisco Seguí, redacta el "Iris Argentino", periódico que toma vida en Entre Ríos, casi al filo del Pronunciamiento. Después de Caseros es nombrado director de la Biblioteca Nacional. Siendo vocal del Consejo Nacional de Educación muere allá por 1887 el inolvidable maestro. Si todos los viajeros a su paso por las

ciudades dejaran como recuerdo sus versos, ninguna ciudad olvidaría jamás a los que un día llegaron. El nombre de Marcos Sastre espera aún el homenaje de nuestro pueblo.

JUAN MARIA GUTIERREZ

Producida la caída de Rosas, Santa Fe recibe en su seno a los señores Constituyentes que, llegando desde todos los rincones de la Patria, vienen a darnos la Ley Fundamental. Clérigos, abogados, militares y políticos, se reúnen a fines de ese año en la ciudad capital. Entre ellos, viene el que habrá de dar forma a la Constitución de 1853: don Juan María Gutiérrez. Actúa en sus debates, discute entre bambalinas los problemas que se crean, redacta paso a paso la nueva Constitución y apenas tiene tiempo para el descanso. Sin embargo, una santafesina: Jerónima Cullen, hija de don Domingo, habrá de prenderlo para siempre en uno de los paseos que el gallardo poeta realiza en la Plaza de Mayo. La presencia de esta mujer en su vida hace que su enjundia poética vuelva a sus cauces, como en aquellos tiempos cuando recitaba sus versos en la trastienda de don Marcos Sastre o enfervorizaba a la juventud en las reuniones de Montevideo. Dedicada a su novia, en 1853, es esta cuarteta:

“No me sedujo tu trato,
ni tu semblante perfecto,
pero, si ese dulce afecto
que tuviste para mí.”

Su actuación posterior en Buenos Aires en el periodismo, en el gobierno, en la cátedra, en la banca legislativa, etc., es harto conocida. Es Gutiérrez, sin lugar a dudas, el publicista más fecundo de su época. IncurSIONa en la historia, en la literatura, en la sociología, en la pedagogía, en la poética. En todos sus aspectos su combatida figura adquiere contornos relevantes.

Nuestra ciudad, a pesar del breve tiempo que Gutiérrez

la visitara, guarda de él dos grandes momentos de su vida: el de Constituyente y el de hombre, bajo el signo del amor. Dos obras dejó hechas en nuestra ciudad: la Constitución y su hogar. ¿Podría aspirar a más el romántico poeta?

ANDRADE Y MANSILLA EN SANTA FE

Después del gobierno de D. José María Cullen, en 1856, sucedióle en el poder el Teniente General D. Juan Pablo López. En el período de este último llegan a Santa Fe, llamados por el gobernante dos hombres de brillante figuración en nuestra vida política y literaria: Lucio V. Mansilla y Olegario Andrade. Ambos se dedicaron en nuestra ciudad al periodismo. Nos referiremos solamente al segundo de ellos, por no conocer del primero sus inclinaciones poéticas. Dice Rojas hablando de Mansilla: "No ha tenido en la composición de sus libros el sentido del poema". "Creó un poema real: su propia biografía. Sin embargo, su breve estancia en nuestro medio quedó grabada para siempre en sus chispeantes libros; y en los documentos de nuestro Archivo sus páginas, llenas de poética sensibilidad, nos muestran el fino estilo de este prosista.

Olegario Andrade, nacido en Alegrete (Brasil) pasa su infancia en Entre Ríos. En 1857 abandona sus estudios y llega con su familia a Santa Fe, donde dirige al año siguiente "El Patriota". Desde sus columnas sostiene los ideales del gobierno de la Confederación. Alterna sus escritos políticos con inspirados versos que son verdadero deleite para la sociedad santafesina de entonces. Posteriormente funda "El Federalista", continuación del periódico antes nombrado; y estando al frente de esa publicación es nombrado diputado a la Legislatura por el Departamento San José. En 1860 es designado juez especial en lo Civil y Comercial. Conjuntamente con don Simón de Iriondo, Fernando Allende, Pedro J. Rueda y Manuel Echagüe forma parte de la Comisión de Instrucción Primaria de los departamentos de La Capital, San Jerónimo y San José. Llegada la hora de Pavón actúa como secretario

privado del Presidente Derqui. Siempre en el periodismo, ocupa, sin embargo, importantes cargos públicos en los años posteriores, falleciendo el 30 de octubre de 1882, cuando desempeñaba una banca en el Congreso, en representación de Entre Ríos.

A fines de siglo, cuántas veces en las reuniones santafesinas sus versos serían declamados. Su “Nido de Cóndores”, “El arpa perdida”, “La vuelta al hogar”, “Prometeo”, y tantas otras poesías, rondarían por nuestros salones, en las hogareñas tertulias. Y no faltaría, quien, pintando canas evocara con emoción la figura romántica de aquel muchacho de 1858, cuando al viento su volandera corbata cruzaba la Plaza de Mayo, como acompañado por sus musas, rumbo al Cabildo.

De esta manera, en breve ensayo, hemos dado noticia de los principales poetas que actuaron en la Colonia y la Montonera. Casi todos santafesinos, algunos, radicados desde muy jóvenes en nuestra ciudad; otros, de paso; pero, todos con producción poética en nuestro medio. Los años que sucedieron a 1860, punto de partida de la definitiva organización nacional, no fueron menos fecundos. El Colegio de la Inmaculada con su Academia Literaria, los centros de cultura, los periódicos y el fomento de las letras en la instrucción pública media y superior, dieron una verdadera pléyade de insignes poetas. La generación finisecular contó con un brillante grupo de hombres de letras, entre los que se destacaron: Juan Julián Lastra, Vicente Navia, Jacinto Viñas, Lorenzo y Luis Anadón, Celestino Pera, Gregorio Romero, Ramón Lassaga, Wenceslao Escalante, José Cibils, Horacio Rodríguez, Angela Geneyro, María Elida Moyano, Domingo Silva, A. J. Lejarza, por mencionar solamente los más conocidos.

Al doblar la página del nuevo siglo, Santa Fe, no perdió su hondo sentido poético; y sus hijos siguieron tras el paso de los primeros bardos. Recibió como todas las ciudades los

“ismos” literarios; persistió en lo clásico, se adobó de romanticismo e incursionó en nuevas formas. No pretendo dar nombres, sino, expresar que, de una u otra manera, con aquella o esta escuela, esta técnica o la otra, la ciudad de nuestros días tiene bajo el abrazo de sus ríos a destacados poetas que, con todo desenfado, pueden figurar y figuran, en los puestos de vanguardia de la lírica nacional.

Desde su fundación hasta nuestros días, Santa Fe, tuvo como todos los pueblos un destino que cumplir. Luchó contra el indio y la naturaleza. Calzó jubón de seda y desflecado chipá. Bailó gavotas y entonó cielitos. Luchó contra el extranjero, y a veces, contra el propio hermano. Alguna vez tuvo riquezas, aunque siempre fué pobre. Fué personaje de coturno y esclavo de la noria. Padeció hambre y seca, peste y langostas. Nunca supo vivir, porque jamás se detuvo a contar sus onzas de oro. Pero, así, entre un ir y venir; un caer y un nuevo levantar; no olvidó jamás que más allá de la línea del horizonte se levanta un mundo de sueños, tan necesario para vivir como el pan nuestro de cada día; y que, sobre la materialidad de la existencia se mueve la poesía, como enseñando un nuevo camino a los que sufren y luchan.

Los que hoy se mueven en este siglo donde el Amor tiene apenas un hueco; y donde las instancias materiales consagran una vida, reguladora de estómagos, pero, nó, de almas. . . ; los que pasan sin saber o sabiendo junto al cadáver de su propia decadencia, y asisten diariamente a la desvalorización de la personalidad, necesitarían, a veces, asomarse a aquella pobre empalizada del Fuerte, donde los mancebos de la tierra luchaban, sin dejar de soñar. . . o subirse a la grupa de aquellos “montoneros” que al par que cantaban “cielitos” defendían con su lanza la autonomía de nuestra provincia.

JOSE RAFAEL LOPEZ ROSAS

A P E N D I C E

TEXTO DE LA LOA DE ANTONIO FUENTES DEL ARCO

(1717)

Obra de D. Ant^o fuentes del Arco hijo de la Ciud de Sta. fee.

En las fiestas q la Ylustre Ciudad de StaFee hizo a Su Magd. el Rey Dn. Philipo quinto en acsion de gracias por aberla descargado del derecho de la Sisa que contribuia en la Yerva del Paraguay, presedio a la Comedia de no puede ser, que se hizo en la Celebridad de su Patron el Doctor de la Yglesia Sn. geronimo.

Personas que ablan en ella

tres cauallerosYmusica.

(Musica) (†)

Musica..... desde su solio eminente
(Nuestro) (†) (Rey) (†) Philipo vrota
Y Geronio halla enellas
Para su pueblo mejoras

(adorno)

Cav.(1^o).... Sale el primer Cauallero Por la puerta de en
medio del paño Y acabada la musica...

Cav.(2^o).... Del mal que Ocupa entre ambos orisontes
Por crespas greñas de encumbrados montes
Sacaba febo Sus cauellos Rojos,
Y con dorados Ojos
Al Orbe esta mirando,
Las oscuras tinieblas desterrando
que es monarca fogozo
que destierra tinieblas luminoso.
Y quando mas se encumbra
al Pobre, al chico, tal mas grande Alumbra
Si en Su Senit ardiente
Ylustrando de Rayos, Corona Su frente
Monarca poderoso.
A todo su Emisferio ase dichoso,
Y en Circulo rotundo
Muchas bueltas ba dando a todo el Mundo

Asi uso Philipo (Dios le guarde)
Oy de sus Lusesa he de a haser alarde,
qual otro Sol Ermoso
Mirando a nra Esfera mas piadoso,
Su mano Poderosa
A esta Ylustre Ciudad hase dichosa
Suene pues la armonía que respira
En gloria suya la templada Lira,
Y el Eco de su aliento
Pueblo sonoro la Región de el Viento

Musica.....

Todos Repitan alegres...
Entrambos Sus altas glorias
Y con boses nunca Oydas
agan Devidas Lisonjas

Sale el Segundo Cauallero por la Puerta de el lado Ysquierdo

Cavº 2º.....

Ya se...otra falda
Castillo de Esmeralda
opuesto a los asaltos de Vn gran Río
que Cercan dole esta con Cristal frío;
Siendo el batirlos con biolensia Suma
Galas Sus perlas, Poluora su ezpuma.
Vna cueba apasible
ni lobrega, ni horrible;
ni Es cueba, boca si de ese Desierto
que para bostesar el monte a habierto
Entra por ella Vn arroyuelo elado
Y buelbe a despedirle atropellado
confirmando que es boca; Pues su niebe
aqui tal bes la escupe allí la bebe
En esta Cueba, En esta boca hermosa,
Sobre alfombra que Dio, Carmin Y rasgo,
de Morfeo Rendido
Cansado me quede dormida,
A penas el Sueño
de mis Sentidos Se hizo dulce Dueño,
quando Dueño no fue, por que Vn Ruido
De dulce esclabitud, libro el Sentido
Una Vos Cuyos ecos
Resonaban del Bosque Robles guecos
Y atendiendo mi oydo

Despierta; Dise, Entre Sonoro Buydo
 Yasi bengo a buscar
 Quien del Sueño me pudo Despertar;
 Mas allí un ...hombre beo
Cavº 1º..... Si es del goSo Ylusion o del deseo
 Joben gallardo, de la gala esmero
 por que Ya con canora melodía
Musica..... Se repiten en los ecos de la alegría
 De regocijos alegres
 Oy La Dha Se Corona
 Y el aplauso que DeDica
 festivo el amor Comboea

Sale el Cavº 3º por la Puerta de la mano Derecha

Cavº 3º..... Aquí Donde las abes
 Rabeles Son de pluma que Suabes
 En Sonoro aSento (mío)
 Pueblan con melodía el blando Viento
 donde poma de olores
 Con el plato Suabe delas flores
 tremola, alaga, Y conmuebe (†)
 el aura grata con Ympulso bebe
 Donde la Rosa En tinta de Escarlata
 anudando el carmín, le siñe y ata
 aquí donde aliniada y a la fuente
 Sitara es de Cristal por su Corriente
 que en la Yerva y los juncos tropesando
 con asentos de espuma esta cantando
 Aquí quedo Ya dudoso
 de tan Cresido goso
 me Condujo del Sauer
 por que tan grande goso podía ser
 allí dos Caualleros
 Sin duda son fuertes arqueheros
 miro, y admiro, enellos
 que son desta CiuDad sus Rayos dellos.
Cavº 1º..... Yllustre Cauallero generoso
 Sin (†) duDa mas que Adonis, mas hermoso
 Ya con Vuestra llegada,
 mas lusida Sera nra jornada;
 Ambos a dos dudosos
 parece que Venis: en estos gosos

Cavº 2º..... Asauer Vengo
 Cav. 3º..... qual es el motivo
 Cavº 2º..... qual es el insentivo
 que a tan extraño Regosijo muebe
 Cavº 1º..... Atendedme Señores, Sere Vreve
 enlas Ruinas de ese claro espejo
 que Dilata espasioso con despejo
 el Cristal que ha Rouado
 de todos Los arroyos que a encontrado
 Y asiendose Señor mas Ymperioso
 Se muestra con el mar mas jeneroso,
 pues dividido en trosos,
 formando Laberintos enreDosos
 Ya altibo Se despeña;
 Ya lame Ynculta Peña
 Ya encrespando, al correr Se ensoberbese,
 Ya Vmilde Vaja, Y ya Soberbio Crese,
 asta que todas Sus corrientes ata
 Conel nombre del Río de la plata
 En sus orillas pues esta Situado
 Un Castillo mui fuerte y Viene armado
 donde qual primaueras
 Se tremolan Vistasas las VanDeras
 de nro gran Monarca, Aquien Sujetas
 Solo por Su defensa estan Ynquietas
 Esta pues fortaleza
 (que es la llaue de toda Su grandeza)
 O por deteriorada
 Opor que en su principio mal funDaDa
 Estubo; A su mejora competente
 Pupeda que al año (†) con beniente
 Y como no se ha llasen
 Aquellas Providencias q bastasen
 para su compostura, En su Real arca,
 Presisado se bio nro Monarca
 a Imponer Vn tributo enel Comercio,
 Asiendose e pagase En cada terzio
 de Yerva, Peso y meDio,
 Yque tambien Pagase Sin Remedio
 Doblada Cantidad el que quisiera
 Sacarla, O consumirla por afuera.
 Quedo Esto así mandado,
 Y (†) Vien que fue por tiempo limitado

La imposición que tubo el Instituto
 abraso la Ciudad este tributo
 Y aunque Vido Su peso,
 no resistio por eso,
 que de sus hijos aun las Vidas dieron
 Siempre que de su Rey Empeño fuera,
 Pasose el Asignado tiempo Ynjusto,
 Y Siendo en sus Vesinos poco gusto,
 Y que el plaser deseresse (que l)
 (que la) Como Didad de Saparese
 (que el) goso Se confina,
 que la pena Camina,
 que el pesar Se de tiene
 Y que el mal Con mui largos Pasos Viene,
 Se acoje al Patrosinio Soberano
 de Su Patron; queriendo por Su mano
 Conseguir el alivio deseado,
 allale Retirado
 metido en Vn desierto
 mas que dicha! que apenas descubierto
 fue, de la deusion que le buscaba
 Rompiendo la Espesura que a tajaría
 aun a (f) una (f) quella la dichosa Entrada
 quando En tre la arboleada enmaranada
 delatado Sale el pensamt^o
 Pues queda desgarrado el mismo Viento,
 Paso en fin Ympelido del deseo,
 Yen el Candor febeo
 de Geronimo el Magno, allo el alibio
 Pues Su espíritu ardiente y uno...
 daua golpes a el pecho embrabesido
 escucho nro Rey Aquel Sonido,
 Y Siendo su elemencia Y aquel pecho
 que Ympuso a esta Ciud, es quien (ha) (f) a hecho
 que el pecho de geronimo en raudales,
 Suelte Copiosas sartas de Corales,
 (que La Sangre que allí de que derrama,
 Con claros Ecos Clama; (disiendo)
 DiSiendo con bos muda.
 que es la que por el pecho el pueblo suda)
 manda oy Se Suspenda lo gr(avos) o
 ...del tributo, Y así, alegre, g(oso)so,
 Pues ya la Relazion abeis oydo

a todos escondido

Cavº 2º..... Yo me ofresco a Serviros de luego

Cavº 3º..... Yo Señor no me niego (f)
mas a quien Se atribuye aquesta asaña

Cavº 1º..... Ala Lusiente purpura de españa
Y por el mismo modo aqui tambien
A la purpura Doctor de Belen,

Cavº 2º..... Pero cómo el obsequio seade aser
sino tenemos nada que ofrecerf

Cavº 3º..... pues que Emos de Desir
O cómo le abemos de aplaudirf

Cavº 1º..... Los ecos q da el viento (día) (f)
Dirijirán las boses al Yntento
Y aduerto, que este día
A Dn. Andrés Martines de Murgía
tambien se le debe elojiar.

Cav. 2º..... El modo no puedo Yo alcansar

Cavº 1º..... fué el arcabus de las negociasiones

Cavº 3º..... muy justas Son Con él las atensiones

Cavº 1º..... Pués tú le alabas; y a tu Philipo Quinto
que lo are por modo no distinto
Al excelso Doctor Nro, patrón
A quien me tira grato la afision
Postrados se le rinda a millones

Música..... Corazones

Cavº 1º..... humildes se le postren Con respectos

Música..... afecttos

Cavº 1º..... Y gososos se pidan En Albrisias

Música..... Carisias

Cavº 1º..... corran por tdo el mundo las noticias
de los favores que al patron devemos,
Y todos Uniformes le entreguemos

Música y

Cavalleros... Corasones, afectos y carisias

Cavº 2º..... Rinda el orbe a las altas magestades

Música..... lealtades

Cavº 2º..... y fervoroso todos sin tiviesas

Música..... finesas

Cavº 2º..... Y los que ocupan puestos y exersisios

Música..... Servicios

Cavº 2º..... Por que son tales Oy los Venefisios
que de su larga mano se resiven
que no le pagaran aunque le Obliguen

- Música y
- Cavalleros... Con Lealtades, finesas y servicios
- Cavº 3º..... Ofrescale el ansiano, el grande, el niño
- Música..... Cariño
- Cavº 3º..... en Pago de Su amor Su amistad
- Música..... Boluntad
- Cavº 3º..... agradesiendole la diligs.ª.
- Música..... Correspondencia
- Cavº 3º..... Pues medianera fue su Ynteligensia
devasele tambien en la alegria
A Dn. Andres Martines de Murgia.
- Cavº y Mús.. Cariño, Voluntad, Correspondencia
- Cavº 1º..... Y pues Ya en voses y ecos tbeis dado
a entenDer que ya estoy tan obligado
que festejo sera el que pretendemos
En que a todos los gosos los dejemos!
- Cavº 2º..... Que Sea Una Comedia
- Cavº 3º..... Ya de Ser
Que no puede guardarse Una Muger
- Cavº 2º..... Dises Vien pues en ella los galanes
que Son Ya de las Damas Piedra Ymanes
hallaran fasil modo de alcansarlas
- Cavº 3º..... Y no quedaran Ya sus Dueños Ya. guardarlas
Pues el Exemplo tienen evidente.
- Cavº 1º..... Escuche pues atento Todo Oyente
El Ignorante, El Savio y el Discreto
que es el autor Dn. Agustin Moreto

(rúbrica)

La Musa bien se descubre
A Apolo copie en la Loa
...de Apolo Loa
Y ser de sus ojos lumbre”.

ROMANCE DE JUAN BALTAZAR MAZIEL

“A la tertulia, por un Santafesino”

Atención, señores míos
alos sonetos de farza.

Que hizo en hinchados relinchos
el sabio de Mojiganga.
Por poeta quiere venderse
Y tales sonetos canta.

Mas, sólo le veo la traza
en la pata y la sotana.
Qué es lo que he dicho? Malaya.
Si rebusna, cómo canta?
Esos son los primorillos
de su altísima garganta.
Altísima! ya se vé
que su corpulencia es alta
Y en lo demás que él se elogia
por Santa Fe, nada, nada.
Sabio, pues, Santafesino
que ese renombre se dará
entre cuatro filateros
sólo a fe de su palabra.
Por estas señas y por
lo que la modestia calla
conocerán todos ya.

Al sabio de Mojiganga.
Veamos, pues, sus dos sonetos,
ambos sin cuerpo y sin alma.
Muy duros, sin frases propias
ni las reglas necesarias.
Oh! que será testimonio
esa dureza, esas faltas;
no que a Melanton pudiera
pedir lo dulce por gracia;
Pensaste dar campanada
y "forjaste una empanada".

Desgraciado? No por cierto
pués no falta quien alaba,
cuantos disparates hace
siempre que le da la gana.
Pero, diganme, en justicia:
con qué fundamento alaban
"El concreto", "La ovación"
y otras muchas disonancias?

SONETO DE PEDRO TUELLA

“Aviso a los incautos”

Pobre de mi que un naranjo hermoso
me ha perdido la Araña de la seda!
Bien empleado que esto me suceda
pues fui de sus capullos codicioso

Bárbaro insecto, feo y ponzoñoso
que todo árbol que tu baba enreda,
lo envenena y destruye hasta que queda
del campo en esqueleto lastimoso.

Quién piensa sacar fruto de tu arte!
Seda llama a tu obra el que se engaña,
y nadie podrá a ti domesticarte.

Tú haces consistir toda tu maña
en la caza de moscas para hartarte:
San Jorge te aniquile, puerca araña!

LETRA DEL HIMNO NACIONAL CHILENO ESCRITO POR BERNARDO VERA Y PINTADO

(1819)

Dulce Patria, recibe los votos
con que Chile en tus aras juró
que, o la tumba serás de los libres
o el asilo contra la opresión.

Ciudadanos, el amor sagrado
de la Patria os convoca a la lid.
Libertad es el eco de alarma.
La divisa, triunfar o morir.
El cadalso o la antigua cadena
os presenta el soberbio español...
Arrancad el puñal al tirano
quebrantad ese cuello feroz.

Dulce Patria, etc...

Habituarnos quisieron tres siglos
del esclavo a la suerte infeliz,
que al sonar de las propias cadenas
más aprende a cantar que a jemir.
Pero el fuerte clamor de la patria
ese ruido espantoso acalló,
i las voces de la independencia
penetraron hasta el corazón.

Dulce Patria, etc....

En sus ojos hermosos la Patria
nuevas luces empezó a sentir;
observando sus altos derechos
se ha encendido en ardor varonil.
De virtud i justicia rodeada
a los pueblos del orbe anunció
que con sangre de Arauco ha firmado
la gran carta de emancipación.

Los tiranos en rabia encendidos
i tocando de cerca su fin,
desplegaron su furia impotente
que, aunque en vano, se halaguen destruir.
Ciudadanos, mirad en el campo
el cadáver del vil invasor...
Que perezca ese cruel que el sepulcro
tan lejano a su cuna buscó!

.....

Ciudadanos, la gloria presida
de la patria el destino feliz,
i podrán las edades futuras
a sus padres así bendecir.
Venturosas mil veces las vidas
con que Chile su dicha afianzó.
Si quedare un tirano ,de sangre
de los héroes escriba el blasón.

*SONETO QUE PRECEDE AL MANUSCRITO DONDE SE
INSERTAN "DECIMAS" SOBRE LAS INVASIONES
PORTEÑAS, ATRIBUIDAS A JUAN
FRANCISCO SEGUI*

S O N E T O

Leales ciudadanos, he aquí la historia
de memorables sucesos acaecidos
en Santa Fe, donde fueron batidos
tres ejércitos ban..... por la gloria.

La fama inmortalice la memoria
de estos famosos héroes, capitanes,
que con activo brío han coronado afanes
reduciendo rivales a la escoria.

Oh desgracia precisa! Que el humano
individuo, más fiero que las fieras
a su especie desaga con tirano.

Insaciable apetito! quién pudiera
la razón inquirir de aqueste arcano.
Tú lo sabes, Señor, causa primera.

*SONETO QUE CIERRA LAS SESENTA Y OCHO DECI-
MAS SOBRE LAS INVASIONES DE LOS
PORTEÑOS A SANTA FE*

(A LOS PORTEÑOS)

Caco, Viriato y cuantos en Orbe famosos
ladrones, infestaron campos y ciudades.
Estrupantes, homicidas, falsos, sin piedades,
incendiarios, tiranos, poco religiosos.

Todos los delincuentes es justo estén quejosos
del cielo que cubre y tierra que sustenta
a los que con negros Diablos, ya sin cuenta
delitos cometieron mayores, sin rebosos

Oh Dios eterno, vengador terrible
de crímenes inauditos, contra los sagrados
derechos, e inocentes! destrucción horrible

los infeas sufran, y que repultados
en los Abismos, paguen la insensible
inhumana conducta, estos esclavos.

*DECIMA INSCRIPTA A LA ENTRADA DEL
CEMENTERIO DE SANTA FE, Y
GLOSAS A LA MISMA*

“Tú, que ciego en el placer
“cierras del alma los ojos
“contempla en estos despojos
“lo que eres, lo que has de ser.
“Ven a este sitio a aprender
“del hombre la duración,
“que en esta triste mansión,
“de desengaño y consejo
“cada sepulcro es espejo,
“cada epitafio es lección.”

1

6

La realidad de la vida
yo busqué con loco empeño;
Calderón, dice que es sueño,
ilusión vana y fingida
por mil dudas combatida
mi razón sin comprender
el misterio de ese ser
que nos dió la naturaleza,
que nos dió la naturaleza:
se haya en la estrofa que empieza:
“Tú, que ciego en el placer.”

Pobre arista arrebatada
a furioso vendaval.
Hoja seca, eres mortal
a extinguirse condenada.
En vano que tu mirada
quiere abarcar la creación,
relámpago es tu corazón,
despierta, pobre, despierta;
despierta, pobre, despierta;
y verás tras de la puerta
“del hombre la duración.”

2

7

En esta insana ficción
dice esta estrofa sublime
que esclava del alma gime

De la matrona altanera
que seda y perlas llevaba;
del hombre que cautivaba

y que sufre el corazón;
goces de placeres son
sólo punzantes abrojos,
y así, doblado, de hinojos,
lleno de sombras la mente
Veis la verdad y demente
“cierras del alma los ojos”.

3

Amas y sufres amando,
sufres y gozas sufriendo,
a toda hora combatiendo,
a cada instante batallando.
Ven y la venda arrancando
con que se cubren tus ojos
deja tus necios arrojos
y con serena mirada
la miseria de tu nada
“contempla en estos despojos.”

4

Amor, placer y ventura
son palabras sin sentido,
eco débil que perdido
muere en honda sepultura.
Polvo, miseria y tristura
en la tumba puedes ver,
que es vano sueño y placer
que terminándose todo
aquí verás de ese modo
“lo que eres, lo que has de ser.”

5

Ven aquí, pobre mortal
sonámbulo que has soñado
con paraíso encantado,
con un edén terrenal;
ignoras la ley fatal
que ha regido en tu ser
si no quieres comprender
pobre ciego en tu demencia,
la nada de tu existencia
“ven a este sitio a aprender.”

con su mirada hechicera,
qué queda?... una calavera
que excita tu compasión,
huesos que cenizas son,
polvo que una tumba encierra...
No hay más verdad en la tierra
“que en esta triste mansión.”

8

Nace el niño y anhelante
lanza un “ay” su labio puro,
es que el martirio futuro
comienza desde ese instante.
Es hombre, y loco arrogante
desbordando amargo dejo
de placer llega hasta viejo,
y seco su corazón
duerme en la tumba, mansión
“de desengaño y consejo.”

9

Humo que el viento disuelve
en la existencia apreciada,
sale el hombre de la Nada
y a la Nada pronto vuelve.
Su soledad no resuelve
y es de su sombra un reflejo.
Niño, joven, pobre o viejo,
la verdad, ha querido hablar:
Venid que en este lugar
“cada sepulcro es espejo.”

10

Mírate en él, y si acaso,
la inscripción has de leer
desde el fondo de tu ser
detén un momento el paso.
La existencia es un chispazo
que brilla y muere en un son
cuya triste vibración
se apaga en la tumba helada.
Leed en esta morada:
“cada epitafio es lección.”

CANTARES HISTORICOS DEL LITORAL ARGENTINO

Rosas y Urquiza,
son dos amigos,
son federales,
son argentinos.

Se han separado
los cuatro amigos:
Rosas y Urquiza
Garzón y Echagüe.

Juan Madariaga
y ese otro bizeo
son los baguales,
los más ariscos.

Juan Madariaga
y ese otro Villa
son los baguales
de la tropilla.

Mandao por Rosas
vino Madrid,
a arriar las armas
p'al Litoral.

Cabeza i mate,
ya es federal.
Trágalo, trágalo
Federación,
trágalo, trágalo,
al Nato "Pilón".

Don Juan Lavalle
gloria te den,
pero no vuelvas
por Santa Fe.
Que tu venida
muy triste fué
Don Juan Lavalle
gloria te dén.

Que si viene el porteño
lo mato yo,
y en mi lanza coloco
su corazón.
Corazón de negrura
como el tizón.
Y que viva la roja
Federación!

Si con López te marchas
de Santa Fe
déjame, montonero
rojo clavel;
que así me iré muriendo
por tu querer.
si con López te marchas
de Santa Fe.

C O P L A S

Fusilan a un bienhechor.
Las leyes han derogado.
Una hora de plazo han dado
a Dorrego ¡ay qué dolor!

Cerquita de la costa
queda Entre Ríos.
Pero, tú, estás más cerca
dulce bien mío.

Viva Dios, vivan los Santos!
Muera la cinta punzó!
Viva la celeste y blanca!
Viva la Federación!

—
Anteanoche tu madre
me dió un portazo.
Mazorquera, la vieja!
casi la mato!

—
Para tu boca de niña
que no se muera el clavell
Para la patria argentina
que viva Don Juan Manuel!

—
Viva Don Estanislao!
su poncho y su chiripá.
La tierra que está pisando,
los laureles que nos dá!

—
Cuando llegó Díaz Vélez
Santa Fe podre quedó.
El campo sin una mata.
Con penas mi corazón.

—
Enancao en un potro
llegó mi abuelo;
un chuzazo en el lomo,
y en el sombrero!

B I B L I O G R A F I A

- ARCHIVO HISTÓRICO DE LA PROVINCIA DE SANTA FE, Actas Capitulares, 1789-1801. Archivo de Gobierno, 1819-1823.
- ARCHIVO HISTÓRICO DE LA PROVINCIA DE SANTA FE, *Papeles del General Echagüe*, edición oficial, tomos I y II, Santa Fe, 1952.
- ANGELIS, Pedro de, *Colección de obras impresas y manuscritos que tratan del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1853.
- ALVAREZ, Juan, *Historia de Rosario (1689-1939)*. Imprenta López, Buenos Aires, 1943.
- CARRIZO, Alfonso, *Cantares tradicionales del norte argentino*, Edit. "El Ateleo", Buenos Aires, 1942.
- CORDERO, Carlos M., *Los relatos de los viajeros extranjeros*, Edic. Institución Mitre, Buenos Aires, 1936.
- FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS. Instituto de Investigaciones Históricas, *Documentos para la historia argentina*. Tomo XVIII. "La enseñanza durante la época colonial (1771-1810)", Buenos Aires, 1924.
- FURLONG, Guillermo, *Los jesuitas y la cultura rioplatense*, Montevideo, 1933.
- GANDÍA, Enrique de, *Luis de Miranda, primer poeta del Río de la Plata*, Edit., Librería y Editorial "La Facultad", Bernabé y Cía., Buenos Aires, 1936.
- JUNTA PROVINCIAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LA PROVINCIA DE SANTA FE, Revista, tomo III, Santa Fe, 1940.

- LÓPEZ ROSAS, José Rafael *El teatro colonial en Santa Fe*, separata Boletín del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales, año II, Santa Fe, 1949.
- LYNCH, Ventura, *Cancionero bonaerense*. Instituto de Literatura argentina, Buenos Aires, 1925.
- MARTÍNEZ, Benjamín, *Folklore del litoral*, Edit. Lajouane, Buenos Aires, 1924.
- PROBST, Juan, *Juan Baltasar Maziel. El maestro de la generación de Mayo*. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Instituto de Didáctica, Buenos Aires, 1946.
- QUESADA, Vicente, *Historia Colonial*, Edic. La Cultura Argentina. Buenos Aires, 1925.
- ROJAS, Ricardo, *Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Eto de la Plata*. Edit. Librería La Facultad (4 tomos), Buenos Aires, 1922.
- SCHMIDL, Utz, *Derrotero y viaje a España y las Indias*. Trad. de Edmundo Wernicke. Universidad Nacional del Litoral. Instituto Social, Santa Fe, 1950.
- TORRES REVELLO, José, *Romance de Luis de Miranda y Villafañá*. Versiones paleográfica y moderna. Edic. Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, 1951.
- — *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación hispánica*, en Rev. de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Inst. de investigaciones históricas. N° LXXIV, Buenos Aires, 1940.
- TRENTI ROCAMORA, J. Luis, *La cultura de Buenos Aires hasta 1810*. Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, 1948.